—Es cierto...., certísimo, y yo obraré en consecuencia de lo que me habéis dicho; ¿pero creéis que es ya el momento oportuno para hacer lo que me habéis dicho?

—Sí; desde el día en que el señor Le Forestier me dió sus poderes, y os rogó que os entendierais conmigo, mi gusto hubiera sido deciros: «¡Manos á la obra; marchemos adelante!» Pero me detuvo un temor.

—¿Cuál?

—El de que surgiera algún incidente que hubiera forzado á Armando á mezclarse en sus asuntos y á prestarnos su concurso activo...., lo que yo no quería de ninguna manera; pues sólo debe dedicarse, por ahora, á mi hija.... Hoy que ha partido, es diferente; ya no temo nada por él ni por mi hija, y os digo con el mismo entusiasmo que lo diría un inglés: *¡Go-head!*

—*¡Go-head!*—exclamó Roberto.

—Ahora, si os parece bien (replicó el señor de Beuvret), dejaremos á un lado á Rachel de Nicia, para ocuparnos de los otros dos personajes que habéis encontrado en casa de Prudencia, y que os han inspirado vagas sospechas, y os han dado tanto en que pensar.... ¿Cómo les llamabais?.... No me acuerdo en este momento....

—El señor de Montbarán y el marqués de Arnage.

—¡Ah! ¡Eso es! Pues bien: hablemos de ellos.

XXX.

El señor de Beuvret, sentado en la mesa del despacho, con el cuerpo hacia delante, el brazo izquierdo negligentemente apoyado sobre la mesa, la mano derecha jugando con un cortapapel, decía á Roberto du Chatel:

—Desde el día en que habéis visitado por primera vez la casa de Prudencia de Fontenay, vuestra atención se fijó desde luego en el marqués de Arnage y en el señor de Montbarán, y...., permitidme que os lo diga, creo que os habéis ocupado de ellos con demasiada insistencia....; os han sido sospechosos á primera vista; sus costumbres no os han parecido muy morales, y cuando os habéis informado, habéis sabido que no poseían bienes de fortuna ni ejercían ninguna profesión lucrativa, á pesar de lo cual el señor de Montbarán vivía en la opulencia, y el Marqués de Arnage jugaba fuerte, y solía perder más bien que ganar; decidme: ¿no hay en París millares de existencias parecidas á éstas?.... ¿Me parece que convendréis en ello?

—Sí, señor.

—Vuestras suposiciones se apoyan además sobre lo siguiente: el señor de Montbarán y el Marqués os parece que están unidos á Prudencia por relaciones de un género particular, y les creéis mezclados en todas sus intrigas, y principalmente en la de los diamantes.... Algunas palabras que se le han escapado á la señorita Rachel de Nicia os hacen pensar también que nuestros dos personajes tienen sobre esta joven una influencia tan grande como la de Prudencia de Fontenay, y que les tiene tanto miedo como á ella.

—Sí; de eso estoy cierto,—dijo Roberto.

—Bien: os lo concedo, y aún hago más. Supongamos que Montbarán y el marqués de Arnage son verdaderamente caballeros de industria, estafadores de oficio, que se entregan á toda clase de maniobras fraudulentas y criminales; consiento en ello....; pero, como mi hija dijo muy bien un día, ¿qué conexión puede existir entre las trapisondas actuales de estos dos individuos y el crimen cuyos autores buscamos? Cuando tengamos demostrado que Montbarán y el marqués de Arnage viven del engaño y de la explotación de los secretos que sorprenden, ¿habremos averiguado que fueron los que robaron y asesinaron hace veinte años á la señora Le Forestier?

—No, eso nos demostrará tan sólo que, á juzgar por su conducta presente, deben tener malísimos antecedentes.

—Sea; ¿pero cuáles son esos antecedentes?

—¿Creéis (continuó Roberto du Chatel) que para ocuparme de estos tristes personajes como lo he hecho, para estudiarles y seguir su pista, no tenía otras razones que esas de que habéis hablado?

—¡Ah! ¿Qué razones?

—Razones físicas, por decirlo así: el hombre acusado de haber asesinado con sus propias manos á la madre de Armando, tenía unos treinta años...., y el señor de Montbarán tiene cerca de cincuenta. El segundo individuo, señalado como director é inspirador del crimen, tenía de treinta y cinco á cuarenta años...., y el marqués de Arnage frisa en los sesenta.

—Permitidme que os diga que existen hoy tantos hombres de cincuenta y sesenta años, y que tenían treinta y cuarenta cuando la señora Le Forestier fué asesinada, que, en verdad, me parecen insuficientes vuestros indicios.

—Además, os diré que, teniendo en cuenta los cambios que se sufren en veinte años, Montbarán y el marqués de Arnage tienen todas las señas de los retratos que en otro tiempo hicieron los periódicos de los criminales. El uno alto, grueso, robusto; el otro pequeño, delgado, y ambos de aspecto distinguido....; y, además, ¿no

sabéis lo que pasa con Julia, la antigua doncella de la señora Le Forestier, que vive ahora en el hotel de Armando?

—Sí, ya sé quién es; ha ido alguna vez á mi casa.

—Pues hace poco vino aquí, á mi bufete, para darme un recado de parte de Armando, y estaba hablando conmigo cerca de esta vidriera, cuando vi á Montbarán que salía de casa de Prudencia. Al momento dije á Julia: —«Mirad á ese hombre: ¿no os recuerda nada? —Esperad.... (dijo). Sí, la misma estatura, las mismas espaldas anchas, el mismo aire.... ¡Oh! ¡Cómo se parece! —¿Á quién?—Al hombre que fué á preguntar por Antonio Guiraud la víspera del crimen, y que estuvo hablando conmigo en el pasillo de las habitaciones de los criados.—¿Estáis segura?—Estoy segura de que le recuerdo; pero no afirmo que sea él....» Conque ya veis, señor de Beuvret, cómo yo tenía razón al decir que, bajo el punto de vista físico, mis sospechas eran fundadas.

El señor de Beuvret meneó la cabeza, y dijo:

—No participo en todo de vuestra opinión.... Todo eso es aún muy vago. ¿Qué fué lo que chocó á Julia? La estatura, las espaldas y las líneas del rostro del señor de Montbarán; pero si verdaderamente es él el asesino, debéis conocerle por otros signos particulares, y especialmente por dos de

una importancia capital: su mirada, que no se parece á ninguna en el mundo, y la cicatriz, que debe conservar aún en la palma de la mano.

—Precisamente me ha llamado la atención su mirada extraña, vidriosa y conforme con las declaraciones de los testigos que le han visto en el día del crimen.

—¡Ah! Pero hay otros testigos que le han visto por la noche...., Armando es uno de ellos...., y han declarado que en la oscuridad sus ojos brillaban.... ¿No habéis reparado nunca si brillaban también los ojos de ese hombre?

—No....; por la sencilla razón de que no le he visto más que en la calle ó en casa de Prudencia, cuyos salones están espléndidamente iluminados.

—¿Por qué no habéis tratado de verle cuando fuera por algún pasillo ó por algún sitio donde no hubiera luz?

—Porque en casa de Prudencia de Fontenay hay luz por todas partes, hasta el punto de que no hay un rincón que no esté perfectamente iluminado. Se diría que ha previsto el caso.

—Sí; pero hubierais podido dar un soplo á la lámpara ó al mechero de gas que hubiera en la habitación.

—¡Buena la hubiera hecho! Montbarán hubiera cerrado los ojos; pues, como es natural, estará prevenido, si es el asesino, y yo no podía

abrírselos á viva fuerza. Hubieran creído que estaba loco, y, además, Prudencia me hubiera puesto á la puerta de la calle, lo que me impediría continuar mis pesquisas.

—Todo eso es muy justo (dijo Beuvret); ¿pero y la cicatriz de que hablamos? Si existe, habéis debido repararle, pues es muy fácil.

—Al contrario; es muy difícil; pues, á pesar de que ahora los que se dan tono de elegantes tienen la mayor parte del tiempo los guantes en la mano, Montbarán está siempre enguantado, tanto, que esto me ha llamado la atención muchas veces.

—¡Oh! Como ya no es joven, es natural que siga la moda de sus tiempos.

—Sí, pero solamente en eso; pues, por lo demás, podría dar lecciones al gomoso más refinado. Así es que yo me he dicho: «Es indudable que este hombre tiene sus motivos para cometer semejante.... incorrección».

—¿Y no habéis tratado nunca de hacer que se quitara los guantes?

—Sí; muchas veces, sin resultado; pero estos días últimos, como hemos estado solos en el salón de Prudencia, y hablábamos en lugar de tocar el piano y bailar, la conversación cayó sobre ese famoso Desbarrolles, de quien tanto se ocupan los periódicos.... No ignoraréis que pretende poder decir el pasado y el porvenir

de toda la persona que le confiara su mano.

—Sí (dijo el señor de Beuvret, sonriendo); ya sé que tenía esta pretensión.

—Rachel de Nicia (continuó Roberto), que estaba con nosotros, sentada á mi lado, dijo al oir esto: «En Italia, mi país, hay muchas mujeres que son tan sabias como vuestro Desbarolles, y yo misma leo en la mano tan bien como pueda hacerlo él». Inmediatamente todas las manos se tendieron ante ella, y cada uno la gritaba: «Leed, leed».... Solo Montbarán no se había unido al movimiento general, y permanecía con los guantes puestos, pareciendo querer deslizarse hacia un gabinetito próximo al salón.

—Y, entónces ¿qué hicisteis?—preguntó el señor de Beuvret, que parecía vivamente interesado.

—Dije á Rachel en voz alta y riendo: «No dejéis al señor de Montbarán que se nos vaya, porque su mano debe ser más curiosa que las nuestras.—¿Por qué?—preguntó él, que me pareció que habia palidecido.—Porque tenéis más edad que nosotros (le respondí), y, por consiguiente, habéis vivido más, y vuestro pasado debe ser más interesante.—Sí, sí (dijeron por todas partes). ¡Que dé su mano Montbarán!» Éste vaciló un instante, y pensando sin duda que era más peligroso sustraerse á la petición general que obedecer, se quitó los guantes, y tendió la mano.

—¿Y qué más?—preguntó Beuvret.

—En seguida me acerqué, como podéis figuraros, y distinguí claramente hacia el centro de la palma de la mano una pequeña cicatriz....: á Rachel también la llamó la atención en seguida, pues exclamó: «¡Calla! La línea de vuestra vida, que es muy clara, se encuentra bruscamente interrumpida en un punto»; (y luego añadió, mirándole mejor:) «¡Ah! Es un accidente, una señal de quemadura ó mordedura.—De las dos cosas (respondió vivamente Montbarán). Fuí mordido por un perro, é hice cauterizar la herida prudentemente».

—¡Oh! ¡Eso sí que es un indicio precioso!

—¿Lo veis? (exclamó Roberto, que creía triunfar.) ¡Veis qué bien he ido preparando mis razones! ¿Á que no sospechabais, cuando hemos empezado á hablar del marqués de Arnage y de Montbarán, que tenía indicios de esa importancia?

—No, lo confieso; tanto, que creía os habíais extraviado en una falsa vía.

—Y ahora, ¿estáis ya persuadido de que estamos en el buen camino?

—¿Persuadido?.... Todavía no.

—Pues bien; vais á estarlo completamente.

—No deseo otra cosa. Veamos.

XXXI.

Después de haber encendido el tercer cigarro desde que estaba hablando con el señor de Beuvret, Roberto du Chatel continuó en estos términos:

—Hasta aquí sólo os he dado á conocer los indicios materiales que he recogido acerca de los dos sospechosos, Montbarán y Arnage; pero además tengo otros morales, cuya importancia espero que sabréis apreciar.

—No lo dudéis.

—La semana pasada, mientras que todos os ocupabais en los preparativos de ambos matrimonios, los unos por un lado y los otros por otro, yo, que no me casaba, y de quien nadie tenía necesidad, trataba de matar el tiempo en casa de Rachel...., y una noche, al entrar, la encontré mirando un magnífico abanico. «¡Qué maravilla! (le dije, cogiéndole.) De seguro le habéis comprado en casa de Kees.—No sé de dónde será, porque me le ha dado Prudencia. ¡Oh! Tengo una gran colección. Voy á enseñártelos.»

Roberto se interrumpió, para decir:

—Os ruego me perdonéis que os repita tex-

tualmente esta conversación, con su tuteo; pero ya comprenderéis que....

—Ya lo comprendo (contestó el señor de Beuvret). Tened la bondad de continuar.

—Rachel (continuó Roberto) abrió un mueblecito, del que sacó una caja, y, abriéndola, me dijo: «Mira». Obedecí, y pude admirar una gran colección de abanicos de todas las épocas, de todos los países y de todos los colores.... ¡Qué tiernos recuerdos debían despertar en ella aquellos regalos! No fuí dueño de contener un sentimiento de celos.... Rachel lo notó, y se apresuró á asegurarme que todo aquello venía de Prudencia. «¡Es imposible! (repliqué yo): á menos que no haya tenido tienda de abanicos.—Precisamente la ha tenido en otro tiempo. Era un almacén situado en la Chaussée-d'Antin.—¿De veras?» Esas palabras producen en vos el mismo efecto que produjeron en mí, ¿no es cierto? ¡Prudencia, la antigua tendera de abanicos de la calle de la Chaussée-d'Antin! He aquí un dato precioso para personas que, como nosotros, conocían el asunto Le Forestier hasta en sus menores detalles.... ¡La señora de Fontenay-sous-Roches era simplemente la antigua tendera y mujer galante á quien la policía había encargado buscar al *señor de los ojos de gato!* ¡Mirad en lo que ha venido á parar!

—Creo verlo; pero temo equivocarme.... Continuad.

—Saqué en consecuencia (continuó Roberto), que sus pesquisas habían tenido resultado, y que, en lugar de comunicárselo á la policía, había aprovechado su descubrimiento en provecho propio.... ¿Cómo explicar de otra manera su cambio de situación? Un comercio en pequeño como el suyo, da para ir viviendo regularmente, pero no enriquece á nadie. No se pasa, así como así, desde la trastienda al segundo piso de una casa que cuesta de seis á ocho mil francos anuales, ni se tienen muebles de lujo, lacayo, mozo de comedor, ni doncella. Hay un misterio en todo eso, y si consideramos lo que esta metamorfosis debe revelar, debemos creer que Prudencia ha explotado el secreto, y que Montbarán ha tenido que partir con ella la parte de botín que le correspondió en el crimen del boulevard Haussmann.

—¿De modo que creéis?....

—Sí; creo que Montbarán es el hombre que buscamos: ¿no lo creéis vos también así?

Beuvret pareció reflexionar un instante, y dijo luego:

—Sí, no puedo menos de reconocerlo: si ese indicio moral de que me habéis hablado fuera cierto, constituiría una gran prueba; pero contra el marqués de Arnage, ¿qué sospechas tenéis?

—Pienso que al encontrar Prudencia á Montbarán, habrá visto también al Marqués, y preguntando á aquél, se habrá enterado de las

relaciones que los ligan, y que después acordarían formar una sociedad para explotar los secretos. ¿Os parece esto probable?

—No, porque no estoy convencido de que Prudencia de Fontenay sea la antigua comerciante de abanicos que figura en las notas de la policía que han dado á mi yerno. Nada prueba de una manera absoluta que sea la misma. Pueden haberse sucedido muchas vendedoras de abanicos en la calle de la Chaussée-d'Antin. ¿Y, además, cómo suponer que Prudencia ha contado á Rachel su antigua vida?

—No, no le ha hecho confidencia ninguna. Raquel debe haberla espiado, como á su vez lo estaba ella, y algunas palabras quizá la hayan puesto sobre la pista. Y, por fin, mi querido señor Beuvret, vuestras dudas desaparecerán cuando yo haya añadido que el antiguo Jefe de seguridad, el que la mandó buscar á Montbarán, ha reconocido perfectamente que Prudencia es la antigua vendedora de abanicos de que hablan las notas de la prefectura.

—¡Tanto me diréis!.... ¿Estáis, pues, en relación con el Jefe de policía, en expectativa de empleo?

—Sí, señor de Beuvret; yo sirvo en cualquier cuerpo cuando se me exige (dijo riendo Roberto). ¿He hecho bien?

XXXII.

Esta conversación, tan hábilmente conducida por el señor de Beuvret, había llegado al punto á que quería llevarla. Al darle Roberto du Chatel todos los informes y datos que había recogido sobre el asunto que les ocupaba, lejos de acogerlos con entusiasmo, los discutía, dudando de su valor y cuestionando sobre su utilidad. Gracias á esta manera de proceder, Roberto podría atribuirse todo el mérito de sus descubrimientos, y creer que los había hecho, no solamente sin el concurso de Beuvret, sino á pesar de sus numerosas objeciones.

—La idea de dirigirme á uno de los jefes de seguridad más antiguos que hay en París (replicó Roberto), me fué sugerida por el Comisario de policía que Armando conoce particularmente, y que de una manera oficiosa le ha ayudado con frecuencia en sus pesquisas. «El señor X..... (me ha dicho Armando) adora su antiguo oficio, al que sólo los acontecimientos políticos le han hecho renunciar. Tiene además una memoria excelente, y tengo seguridad de que si le enseñas á la verdadera tendera de aba-